



CLASE Y LA EMERGENCIA DE LA SOCIEDAD POST-INDUSTRIAL

Aspectos teóricos, empíricos y retóricos del futuro de clase

51

Göran Therborn*

Traducción de Hugo Enrique Sáez A.

Obertura: El riesgo de la responsabilidad histórica

“**C**lase” es un concepto cargado con historia, con testimonios de amargura, enojo, hostilidad. Con historias de esperanza, expectación, solidaridad. De cualquier forma, es un concepto fuertemente cargado con hondas experiencias y profundas reflexiones de generaciones de hombres y mujeres. Como tal es que ingresaría en el discurso del científico social contemporáneo. ¿Cuál es el significado de “clase”, transmitido a nosotros por las experiencias y los esfuerzos de generaciones de hombres y mujeres? ¿Hasta qué grado “clase” posee un sentido en nuestros días? ¿Es probable que “clase” tenga algún significado en el futuro?

*Departamento de Sociología, Universidad de Gotemburgo. Gotemburgo, Suecia.

Los intentos para responder preguntas de esta índole es probable que coloquen al académico en medio de las controversias ideológicas y políticas. Para algunos colegas, las intervenciones en tales debates puede ser la principal *raison d'être* de sus inversiones en la ciencia social. Para otros, esto puede aparecer como un desagradable, o al menos estéril, prospecto. En cualquier caso, las contribuciones de los eruditos a los asuntos de interés público son contribuciones al funcionamiento de la civilización, al punto que ellos son académicos, esto es, que expresan una suma de razón y de respeto por la evidencia empírica.

Abreviando, una postura responsable frente a la "clase" parece requerir que se asuma un cierto riesgo académico. El concepto es el producto de una época histórica, que ahora está empezando a desaparecer. La cuestión básica que surge entonces es si las realidades denotadas por el concepto —en el discurso histórico actualmente existente— desaparecerán con la sociedad que produjo el concepto en primer lugar. El carácter actual y controvertido del asunto reclama respuestas, que tienden a rebasar la competencia del académico individual.

Cuándo emergió la clase

El lector del término "clase" en la edición de 1824 de la Enciclopedia Británica era remitido casi de inmediato al "reino animal" y a la "botánica". (Briggs 1983:3). No obstante, uno de los más influyentes panfletos de los comienzos de la Revolución Francesa, *¿Qué es el Tercer Estado?* de Sieyès, contiene un sofisticado análisis de clase que, a primera vista, parece asombrosamente contemporáneo para tópicos de interés actual. Sieyès argüía que la prosperidad de las naciones dependía de sus "actividades privadas" y "servicios públicos", y que las primeras eran cumplidas por cuatro clases diferentes. Ellas eran aquéllas "conectadas con el trabajo de la tierra", aquéllas que actúan en la industria; en tercer lugar, "los negociantes y comerciantes", y por último: "Además de estas tres clases de ciudadanos útiles e industriosos que tratan con cosas ...un vasto número de actividades especiales y servicios directamente útiles o placenteros para la persona. Estas cuatro clases abarcan toda suerte de ocupaciones, desde la más distinguida profesión liberal o científica hasta las más bajas tareas domésticas" (traducción inglesa de Williams 1971:93). En una inspección un poco más minuciosa, están presentes dos aspectos premodernos del perspicaz análisis de clase de Sieyès. Uno es que las clases son definidas en términos de diferenciación funcional horizontal, y no en una perspectiva de estratificación, desigualdad, explotación o conflicto. Más bien, dado que quería evitar todas estas connotaciones mencionadas al final, y denotadas en el *ancien régime* por rangos y órdenes. Sieyès escogió hablar acerca de la "clase", la cual entonces todavía tenía una (predominante) connotación de una categorización no-relacional, no-comparativa y, por cierto, no política. (cf. Sewell 1980:80-81). En segundo lugar, el actor de todas estas actividades, la totalidad de las cuatro "clases", era "el Tercer Estado".

"Clase", en su sentido político y sociológico moderno, emergió como un concepto en y para sociedades de capitalismo industrial. Pero no fue ni una parte de la lucha por las revoluciones industrial y burguesa —o antiabsolutista, antiaristocrática—, ni tampoco un producto "natural" o inmediato de la sociedad burguesa industrial. Se desarrolló como

un concepto reflexivo, reflexionando críticamente sobre las experiencias de las revoluciones burguesa e industrial (cf. Luhmann 1985: 129 y ss.). Las experiencias combinadas de revoluciones económicas y políticas parecen haber sido cruciales para propalar y fijar el concepto. Quesnay y los fisiócratas comenzaron a mediados del siglo XVIII a usar la palabra "clase" en sus análisis de la economía, distinguiendo "la (clase) productiva", "la clase de los propietarios", y "la clase estéril". Este lenguaje, en que lo "productivo" es contrapuesto a lo "estéril", tenía un potencial político que sería utilizado, pero sólo mucho después, por Saint-Simon en Francia y por los "socialistas ricardianos" en Inglaterra. Por largo tiempo, la "clase" económica permaneció como concepto taxonómico, con casi la misma relevancia para los conflictos de interés y las luchas sociales, como las clases de la botánica de Linneo, un uso del concepto bien ilustrado por el folleto de Sieyès.

Clase irrumpió en Inglaterra por primera vez alrededor de 1830. Las "clase(s) media(s)" habían comenzado a emerger durante las guerras napoleónicas y por el tiempo de la controversia y la agitación en torno a la reforma parlamentaria, ésta o éstas fue/fueron una fuerza social ampliamente reconocida (Briggs 1983:12 y ss.). La clase trabajadora "se hizo por sí misma" como una clase autoconsciente en la década de 1830, incitada por la Reforma Parlamentaria de 1832, la cual demarcó claramente el "desafrancesamiento" de la clase trabajadora, y por la consiguiente legislación Whig (la nueva ley de pobres, la centralización de la policía, etcétera), que demostró las consecuencias de la exclusión política (cf. Stedman Jones 1983:174 y ss. Ver además el monumental trabajo de Thompson 1963: cap. 16).

La Reforma Británica ocurrió en el despertar de la Revolución de Julio en Francia, donde sucedió un desarrollo paralelo, simultáneo de la conciencia de clase. En el otoño de 1830, *El artesano*. Periódico de la clase obrera, comenzó a aparecer, al mismo tiempo que otras dos pu-



blicaciones explícitamente obreras. La historiografía liberal de la Revolución (Guizot sobre todo) había introducido ya en el período de la Restauración de la década de 1820 una perspectiva de clase en la reflexión histórica. Pero en la plática cotidiana de los trabajadores parece haber estado presente sólo después de 1848, cuando "clase" se convirtió en un punto de referencia cargado positivamente (Sewell 1980:283). Por interesante que parezca, en el discurso político francés y alemán, el movimiento laboral (*association*, *Arbeiterbewegung*) precedió a la clase trabajadora. Hacia 1848 los primeros se habían arraigado, mientras que (el término) clase trabajadora fue fijado en el lenguaje político solamente en el último tercio del siglo XIX (Sewell 1980:210 y ss., 283; Kocka 1983:132 y ss.). La revolución industrial y la francesa generaron nuestro moderno concepto de clase. La clase emergió como un medio de pensar las relaciones entre economía y política; entre función económica, la distribución de las recompensas económicas, la organización del poder y las fuerzas del cambio social.

El primer protagonista con autoconciencia de clase fue la clase media inglesa (encabezada por los intelectuales liberales), "la parte más sabia y virtuosa de la comunidad" (James Mill), "la gloria del nombre inglés" (Henry Brougham; ambas citas tomadas de Briggs 1983:13). El *pathos* del liberalismo inglés temprano hace tiempo se perdió, pero la clase media ha permanecido como un fenómeno central del mundo anglosajón, como una (auto) designación poco cargada pero frecuentemente usada. En los Estados Unidos la clase media se hace valer, discursivamente, después de la I Guerra Mundial, con la derrota del movimiento obrero (cf. Kocka 1977:30). En el continente europeo, no obstante, las *classes moyennes* o el *Mittelstand* se convirtieron a lo sumo en una fuerza secundaria, necesitada de la protección estatal (en Bélgica, Francia, Alemania, Holanda, por ejemplo). En los lenguajes escandinavos, la clase media ha sido más o menos borrada (cf. más ampliamente Therborn 1987:246 y ss.), a pesar de que el gran historiador sueco de principios del siglo XIX E.G. Geijer (1980:37) una vez denominó el surgimiento de la clase media como "el hecho principal de los tiempos recientes". (En los tiempos recientes actuales, la clase media a veces aparece, en el lenguaje de los periódicos del ala izquierda de la socialdemocracia sueca, como una categoría social indebidamente envuelta por el ala derecha de la socialdemocracia). La "burguesía" es asimismo un concepto de los académicos o una designación de los oponentes de la burguesía. Es difícilmente utilizado como una expresión de auto-identidad (cf. Kocka: 1988). Lo mismo se sostiene para *petit-bourgeois* o *Kleinbürger*. Esto es, tal gente existe, pero justamente quien habla o escribe no es uno de ellos.

Han sido los trabajadores asalariados, artesanos o industriales, quienes se convirtieron con mucho en los más importantes y duraderos referentes y portadores del concepto de clase. Ellos —y sus líderes o apoyos intelectuales— la han portado en su visión y en sus organizaciones del movimiento obrero, y en su perspectiva de otro tipo de sociedad, una sociedad socialista. Lo sobresaliente de la clase en el mundo del trabajo ha variado fuertemente a través del tiempo y del espacio, ni hablar de las variaciones en la interpretación de cuáles son los intereses de la clase trabajadora, o qué es "el partido de la clase obrera" o "el movimiento obrero". No obstante, el movimiento laboral ha hecho de la clase un rasgo central de agregación de intereses y de su política. Después

de los reclamos de vanguardia de la clase media inglesa a principios del siglo XIX, es en gran parte debido a la acción colectiva y a la exigencia de organización para expresar y representar la clase de los trabajadores, que la clase ha devenido y permanecido como un elemento prominente del discurso político y científico social.

Las organizaciones sindicales de carácter nacional, interocupacional, y transindustriales existen en todas las sociedades industriales democráticas. Uno de los partidos políticos mayores que reclama una representación especial de los trabajadores, existe en todas las democracias industriales desarrolladas, salvo en los EE.UU. Excepto en Canadá, Islandia, Irlanda, tal partido es, o bien el más grande o el segundo en tamaño del país. Mientras que la antigua materia de discordia ciertamente no ha desaparecido sobre etnicidad, religión, centro-periferia; por ejemplo las políticas de la sociedad industrial han sido en sumo grado típicas políticas de clase, polarizadas entre la más o menos explícita política clasista del trabajo y la más o menos implícita del capital.

Al menos desde el punto de vista del trabajo, esta política clasista industrial alcanzó su pico histórico alrededor de los años de 1980, un poco más temprano en algunos países, justo un poco después en algunos otros. Este fue el periodo en que la arremetida del trabajo llegó más lejos en los países de capitalismo avanzado, en términos de niveles de sindicalización, proporciones del voto, poder parlamentario y uso de la palabra en lugares de trabajo. También fue, en varios países, un periodo de retos socialistas radicales a la organización capitalista de la economía; desde el punto de vista parlamentario se dio la más concreta existencia de las propuestas de los "fondos salariales" de los socialdemócratas suecos a fines de la década de 1970 y el programa electoral de la izquierda francesa unida en 1978. Entrada la década de 1970 ocurrieron los conflictos industriales más amplios en la historia del capitalismo industrial (medidos por el involucramiento cada mil trabajadores, para los periodos del siglo XX). (Para datos y referencias, ver Therborn 1984a.) Intellectualmente hablando, la década de 1970 asistió a un brote sin precedente de literatura sociológica sobre análisis de clase y de diseño empírico de mapas de clase para un amplio número de países (para datos y resumen, véase Therborn 1986).

Si alguna vez hubo una edad dorada de las políticas de la clase obrera industrial, eso fue ayer. Pero ¿qué significó todo eso en una perspectiva de tiempo más larga? ¿Una fortuita concatenación de hechos, una aberración temporal de una tendencia (de, digamos, incorporación social), la cima de un ala izquierda de un ciclo derecha-izquierda, el punto hasta aquí cumbre de una tendencia en continuo ascenso del creciente poder de la clase obrera (y asalariada), la culminación y ruptura de una tendencia de crecimiento de la clase obrera y la estructuración política por la clase industrial?

En la literatura reciente, tanto de la ciencia social como de la política, ilustraciones de cada una de estas alternativas pueden ser encontradas en oferta, y otras también. Sin entrar en debate sobre este asunto, este artículo partirá desde la conclusión según la cual la mencionada en último término parece ser la más adecuada interpretación, y explorará algunas implicaciones de eso. Existe una considerable evidencia para asumir que hay una tendencia evolutiva ascendente, en el largo plazo, de la organización de la clase obrera y su influencia sociopolítica (Korpi 1983:cap. 3; Therborn:1984a). Esa evidencia, macroscópica y extensi-

va, no es incompatible con ciertas interpretaciones de derrota y declinación —hasta donde estas últimas se refieren, por ejemplo, a la distinción de la cultura de la clase obrera o la intensidad de ciertas creencias y valores entre aquéllos que los sostienen (cf. Hobsbawm *et. al.*:1981; Ebbinghausen y Tiemann 1984; Therborn 1984b).

De cualquier modo, existen buenas razones para suponer una reciente o inminente ruptura en esa tendencia ascendente de la política de clase, debido al acontecimiento de la ruptura de la tendencia epocal en la historia socioeconómica, la des-industrialización de los países de capitalismo avanzado.

Un giro histórico: des-industrialización

En el mundo del capitalismo avanzado, que en un sentido amplio puede ser definido como el área de la OCDE, el empleo industrial (minería, manufacturas, construcción, servicios públicos) logró su peso relativo más grande de la historia en 1969. Entonces éste comprendía 37.0 por ciento del empleo civil (OCDE 1987a:36, 1989:40-41; para una comprobación histórica retrospectiva, ver Bairoch 1968). Hacia fines de 1987, las acciones industriales habían bajado a 30.1 por ciento. En términos absolutos, el empleo industrial de la OCDE alcanzó su máximo registro en 1973-74, con 110 millones.

La división de la economía en tres sectores no fue desarrollada con el propósito de hacer un análisis de clase y por eso constituye a lo sumo un sustituto de las relaciones de clase. De cualquier forma, como quiera que sea, esto tiene la ventaja de proveer fácilmente serias estadísticas accesibles para largos períodos y una amplia posibilidad de comparar entre naciones. De hecho, el tamaño de la sociedad industrial se correlaciona un poco mejor con el desarrollo de las políticas de clase en la década de 1970, que con la proporción de trabajadores manuales entre la población adulta. Esto último parece haber culminado en el período del cambio de siglo hasta mediados de la década de 1920 en Alemania, Francia y Bélgica, y en los países nórdicos justo después de la II Guerra Mundial, cerca de un tercio del total (Przeworski y Sprague 1986:35).

Detrás de los promedios internacionales, hay por lo menos dos tipos de trayectorias históricas. Uno es la bien conocida secuencia de la relativa dominancia sectorial del empleo: agrícola, industrial, de servicios. Éste era el modelo europeo, transitado primero por Inglaterra, que tenía una estructura de empleo predominantemente industrial hacia 1821, seguido por Bélgica y Suiza en la década de 1890, y Alemania, en el censo de 1907. Retrasados, por ejemplo, venían Suecia (hacia 1940) e Italia (hacia 1961). La dominancia industrial relativa nunca fue abrumadora, aunque el empleo industrial constituyera usualmente 40-50 por ciento del total, sólo en raras ocasiones sobrepasó la última cifra (en Gran Bretaña en 1901 y en 1911, en Suiza en 1960). En Francia un breve período de preponderancia industrial, alcanzado en 1954, nunca llevó al empleo industrial muy por encima del cuarenta por ciento (Bairoch 1968: tablas nacionales; Hunt 1981:26; OCDE 1987a:36 proporciona una cifra algo menor para Suiza en 1960 que Bairoch 1968:116). Si el empleo en transporte, almacenaje, y comunicación es considerado como un tipo de empleo industrial, el empleo industrial alcanzaría alrededor del sesenta por ciento del total en Inglaterra en 1910-1920, y 53-55 por ciento en Inglaterra, Alemania, Suiza y Bélgica en 1965; en Suecia significó, para ese entonces, la mitad de todo el empleo (OCDE 1987b: tablas nacionales).

El modelo clásico de desarrollo arriba mencionado es europeo. No fue seguido en el Nuevo Mundo, ni en Japón. No lo siguen en el Tercer Mundo.

El segundo modelo marcha desde una economía agraria a una dominada por los servicios. Fue bosquejado cerca del cambio de siglo en Holanda, Australia y Nueva Zelanda, y alcanzó una importancia histórica mayor, aunque poco advertida, cuando EE.UU. tomó esta ruta en la década de 1920. Hacia 1900, la agricultura era todavía el sector americano de empleo más vasto; en 1910 los tres sectores tenían un tercio cada uno. Diez años más tarde, los servicios llevaban estrecha delantera sobre la industria, 36-37 por ciento contra 35-36 por ciento (estimando el tamaño de los servicios públicos de electricidad y provisión de agua). Hacia 1930 una nueva estructura de empleo estaba firmemente establecida, con alrededor del 43 por ciento de la población económicamente activa en el sector servicios y *circa* 32 por ciento en la industria. Japón saltó de una economía relativamente agraria a una dominada por los servicios entre 1955 y 1960 (Bairoch 1968:52-3 y 73, respectivamente).

Si transporte, almacenamiento y comunicación son incluidos en la sociedad industrial, EE.UU. tuvo una racha de predominancia industrial relativa, registrada en los censos de 1910-1930, cuando la industria junto con transporte comprendía 40-45 por ciento del empleo total. Japón nunca pasó por esa etapa.

Una des-industrialización relativa parece tener una gran significación histórica, principalmente por dos razones. En primer lugar, constituye un punto de cambio en un largo desarrollo histórico que inició Inglaterra en el siglo XVIII. En segundo término, la nueva tendencia ha tomado una forma drástica, comparada con la larga estabilidad industrial de los países más desarrollados. Desde 1940 a 1964, el empleo industrial estadounidense subió de 32.7 por ciento de empleo civil a 35.4 por ciento. La industria accionaria de Alemania Occidental de empleo civil creció entre 1950 y 1961 únicamente 6.5 puntos de porcentaje. En Gran Bretaña,



la proporción industrial de empleo total permaneció estable entre 1921 y 1961, de 47.5 por ciento en 1921 y 47.4 en 1961 (Bairoch 1968). Para el área de la OCDE considerada globalmente, el panorama básico del mercado de trabajo industrial es de estabilidad entre 1960 (cuando las series estadísticas de la OCDE comienzan) y 1974. Aunque un pico puede ser identificado en 1969, las variaciones anuales para el período completo permanecen dentro de los límites de 36.0 y 37.0 (OCDE 1987a, 1987b). Lo que sucedió entonces está resumido en la tabla 1.

T A B L A 1

Des-industrialización relativa en el área de la OCDE 1974-1987

Cambio en la acción industrial de empleo civil. Unidades de porcentaje.

Canadá	— 5.2	Islandia	— 6.0
EE.UU.	— 5.4	Irlanda	— 4.8
Japón	— 3.2	Italia	— 6.7
Australia	— 8.5	Luxemburgo	—13.3
Nueva Zelanda	— 3.8 ⁽¹⁾	Holanda	— 8.8
Austria	— 6.7	Noruega	— 7.2
Bélgica	—11.8	Portugal	+ 2.0
Dinamarca	— 4.1	España	— 4.9
Finlandia	— 4.8	Suecia	— 7.2
Francia	— 8.6	Suiza	— 6.9
Alemania	— 6.2	Turquía	+ 3.2
Grecia	+ 0.2	Reino Unido	—12.4

Nota: (1) 1974-1985.

Fuente: OCDE 1989: 40-41.

En relación con las condiciones previas, esto es, en la mayoría de los casos, cambian radicalmente. La des-industrialización ha sido más dramática en los primeros países industriales de Europa, en Gran Bretaña y en Bélgica-Luxemburgo, y en su conjunto, el modelo europeo ha llegado a ser muy similar al americano. Bélgica, Gran Bretaña y Suecia ahora tienen menos del 30 por ciento de empleo industrial, sólo marginalmente mayor que en EE.UU. Europa centro-occidental (Alemania, Suiza, Austria) permanece relativamente industrializada (35-40 por ciento de empleo civil), pero la diferencia con el Nuevo Mundo ha disminuido considerablemente.

El último bastión del industrialismo

Con el propósito de obtener un panorama acabado de la historia de la sociedad industrial, deberíamos observar alrededor para visualizar dónde se encuentra el último flujo de empleo industrial. Entonces esto es así: que Europa del Este ahora constituye con mucho la más industrializada parte del mundo. La industrialización fue una de las metas económicas mayores de las revoluciones comunistas, y en ese respecto al menos ellas pueden decir que tuvieron éxito. El otro lado de la moneda es un sector de servicios muy pequeño en comparación con países capitalistas relativamente subdesarrollados, tanto como con los desarrollados. Existe también, por supuesto, una ironía histórico-social en los actuales levantamientos políticos. Cuando los regímenes habían creado su tan proyectada amplia base social de trabajadores industriales, esos mismos regímenes estaban quebrados o en descomposición.

T A B L A 2

Empleo industrial y de servicio en Europa del Este

Tasas de porcentaje sobre empleo total en 1985.

	Industria	Servicios (excluidos transporte, almacenaje y comercio)
Bulgaria	46.6	30.2
Checoslovaquia	45.7	33.7
Rep. Dem. Alemana (1)	48	40 (2)
Hungría (3)	38.3	32.5
Polonia	36.9	24.8
Rumania (4)	44.5	18.3
URSS	39	41 (2)
Yugoslavia (5)	32.9	30.0
Para comparar		
Alemania Occid. (4)	41.0	47.4
España (4)	32.3	44.6
Suecia	29.8	58.3
Chile	20.2	53.8
Corea del Sur (4)	30.8	39.6

Notas: 1. 1988; 2. Incluye transporte, etc.; 3. 1987.; 4. Empleo civil solamente y 5. 1981, cifras de las fuentes recalculadas con empleo en lugar de fuerza de trabajo como denominador.

Fuentes: Bulgaria, Hungría, Yugoslavia: ILO (1988: tabla 1), República Democrática Alemana. The economist 24.11. 1989 p. 70; URSS: Banco Mundial (1987: tabla 12); otros países: ONU (1988: tabla 20).

Debería recordarse que la República Federal de Alemania es actualmente, con mucho, el más industrial de todos los países capitalistas desarrollados —y es incluido arriba por esta razón—, y esos servicios, en la mayoría de los casos, también incluyen las fuerzas militares y de seguridad. Suecia es más representativa de una sociedad post-industrial europea, ajena a la trayectoria agrario-industrial-postindustrial. España, Corea y Chile ejemplifican diferentes grados y formas del curso histórico, que nunca condujo a alguna estructura de empleo dominada industrialmente.

Transporte, almacenaje y comunicaciones han sido excluidas arriba de los servicios por razones de clase. El grueso de la gente de aquel subsector trabaja en transporte de caminos, trenes y servicios postales. Por la historia laboral sabemos que estos trabajadores y otros tales como marinos, portuarios y almaceneros a menudo tienen relaciones de trabajo con la industria y la construcción, centradas alrededor del manejo de cosas más que de clientes y relaciones personales o de información *per se*. Para mostrar la especificidad de los servicios del postindustrialismo, parecería mejor excluir la categoría de transporte, etcétera.

Implicaciones y variantes de post-industrialismo

Las implicaciones de la des-industrialización y del postindustrialismo más importante para las cuestiones de clase y para las relaciones sociales en general, comprenden varios aspectos de la heterogeneización de la

fuerza de trabajo. La ciudad o área industrial resumen, de manera muy vívida, la visión marxista del desarrollo capitalista. Esto es, una sociedad en todos los aspectos polarizada entre, por un lado, un puñado de propietarios capitalistas y un pequeño equipo de lugartenientes, suboficiales, y trabajadores de apoyo, y, por otro lado, una vasta mayoría de trabajadores industriales, no una masa uniforme pero, no obstante, una mayoría claramente demarcada en términos de condiciones similares y culturas comunes de trabajo, vivienda, tiempo libre y relaciones familiares. Después que la deferencia al poder del capital (y a veces, al paternalismo) ha sido derrotada, más temprano o más tarde, tales áreas se convierten en fortalezas del movimiento laboral. Las comunidades mineras británicas y las ciudades industriales del norte de Inglaterra, Gales y Escocia, el cinturón industrial alrededor de París, Sajonia, y posteriormente el Ruhr, en Alemania, las ciudades norteamericanas del medio oeste como Detroit, las dispersas localidades industriales suecas, son ejemplos bien conocidos. Ahora bien, la nación no industrial nunca llegó a lucir totalmente como una ciudad industrial, pero hubo ciertamente un crecimiento del empleo industrial y de la producción industrial en masa, tendencias que recientemente han sido rotas. Ya en el desarrollo de la industria había una tendencia a la diferenciación, expresada en una acción incrementada del trabajo de **cuello blanco**. En Suecia, por ejemplo, había en 1930, 11 empleados por cada cien trabajadores en la industria; en 1965, en la cumbre de la sociedad industrial, había 33; en 1985 la cifra correspondiente era 43 (Therborn 1981:61 y cálculos a partir de SCB 1988:100). Desde la década de 1970 ha habido también un giro internacional desde la producción en masa a la especialización flexible, con sus renovadas recompensas a la escala más pequeña y al artesano (Piore y Sabel 1984). El mismo término, sociedad post-industrial, expresa la subdeterminación del nuevo modelo emergente de relaciones socioeconómicas. Este modelo es definido por la negatividad de "post", no en sus propios términos positivos. Existen por los menos dos aproximaciones mayores y una menor (en términos de atención pública, no necesariamente de poder analítico) al post-industrialismo: una sociofilosófica, que enfatiza el rol acrecentado del conocimiento (Bell 1973; Touraine 1971; Gouldner 1979); una socioeconómica, que se concentra en el significado de los servicios (Gershuny 1978; Gershuny y Miles 1983; Elfring 1988, 1989); y, por último, una que destaca y diferencia las estructuras y la segmentación del mercado de trabajo (Stinchcombe 1986: caps. 6, 10; cf. también Perkin, 1989).

Observar más estrechamente las nuevas actividades de servicio parece ser la entrada más prometedora a la confusión del postindustrialismo. La noción de "servicios" ha sido desmontada, y entonces los componentes de eso tienen que ser diseccionados empíricamente. Elfring nos ha proveído un buen punto de partida, distinguiendo servicios productores (léase, negocios), distributivos, personales y sociales.

El mayor diferenciador es el servicio social, en empleo relativo y en crecimiento de empleo, aunque ha crecido por todas partes, desde 4.5 por ciento hasta 19.0 puntos de porcentaje. Desarrollos divergentes pueden ser encontrados en servicios personales: en expansión en cuatro países, contrayéndose en tres. Distribución es el subsector más estable, pero la escasa declinación contrasta con el crecimiento vigoroso en Japón. Servicios de negocios se han expandido por doquier, pero con diferente velocidad.

T A B L A 3

**Estructura del empleo de servicio como porcentaje
del empleo total 1960-1985.**

	<i>Francia</i>	<i>Alemania</i>	<i>Japón</i>	<i>Reino Unido</i>	<i>EE.UU.</i>	<i>Holanda</i>	<i>Suecia</i>
1 9 6 0							
Servicios de negocio	3.5	3.4	3.3	4.4	6.4	4.2	3.5
Distribución	16.8	17.5	18.5	20.6	22.2	20.4	19.4
Servicios personales	7.9	7.4	7.5	8.0	11.3	8.5	8.4
Servicios sociales	16.0	10.3	8.2	15.8	21.2	14.7	16.3
1 9 8 5							
Servicios de negocio	8.5	7.2	9.6	9.5	12.6	10.5	6.4
Distribución	20.0	18.0	24.8	21.3	21.4	21.1	19.1
Servicios personales	7.7	7.8	9.9	9.9	12.4	8.3	6.1
Servicios sociales	25.7	21.3	12.7	24.6	25.8	27.6	35.3

Fuente: T. Elfring (1989:415)

61

La heterogeneización ocupacional, entonces, está relacionada primero que nada con el Estado de bienestar, con el desarrollo de servicios sociales especializados, de salud y de asistencia social, de enseñanza y terapia, de consejo y apoyo. Entre los servicios sociales, educación y "servicios sociales variados" son los menos variables en diferentes naciones, aunque Japón resalta como un pequeño empleador en educación, junto con Alemania, y Suecia es un empleador muy alto de gente en servicios sociales surtidos. Más variación puede ser hallada en el "gobierno mismo" y en los servicios de salud (Elfring 1989:429). El trabajo de **asistencia**: asistencia para la salud, asistencia para personas mayores, cuidado diario para niños y, asistencia social general se ha convertido en una parte mayor del trabajo post-industrial. En Suecia, su proporción del empleo total ascendió de 6.0 por ciento en 1960 a 13.5 por ciento en 1985 (cálculos desde el SCB 1979: tabla 2.9.1.; y 1989: tabla 3).

En segundo lugar, el crecimiento del sector servicios y de una nueva heterogeneidad ocupacional, es debido también a la diferenciación externa desde la corporación industrial, en consultoría, asesorías legales, operaciones financieras, seguros y administración de bienes raíces. La principal diferencia en servicios personales deriva del tamaño variable del subsector de hoteles, bares y restaurantes, oscilando en el empleo total (1985) entre 2.0 por ciento en Suecia y 6.8 por ciento en EE.UU. (Elfring 1989:426). Finalmente, sobresale la especificidad de Japón, con un muy enorme y singularmente desarrollado sector de distribución y un muy pequeño sector social.

La idea de que el conocimiento sistemático y formalizado ha reemplazado en importancia mercados y capital, difícilmente puede llegar a ser verdadera. La mirada más superficial a las mayores universidades y a las mayores corporaciones será suficiente para decidir que el poder y la riqueza se acumulan en las últimas más bien que en las primeras, aunque un complejo universitario-industrial a veces ha sido localizado, tal como el de Boston, Mass., o el de Cambridge, área de Inglaterra. Las tendencias recientes del desarrollo económico están más bien reforzando los papeles del mercado y del capital.

La especificidad de la organización corporativa grande —de la jerarquía *versus* mercado, en la terminología de Oliver Williamson (1975)— se está desvaneciendo crecientemente, tanto con respecto a los contra-

tantes internos como con los sub-contratantes externos. La diferenciación de los servicios de negocio, mencionada más arriba, forma parte de este proceso, que también involucra una reestructuración mayor de la producción industrial (cf. Piore y Sabel 1984). Los mercados, además, son fortalecidos por el crecimiento continuo del comercio exterior en relación con el Producto Interno Bruto, sólo interrumpido brevemente en los dos reflujos de la crisis de 1974-1985 (OCDE 1987a:67-8, 1989b), por la desregulación y la internacionalización de los mercados financieros, y por un mayor cambio institucional, tal como el Acta Única Europea de 1985, con la perspectiva de crear en 1992 un mercado único de la Comunidad Europea, también con respecto a servicios y cartas credenciales.

La propiedad de los medios de producción de nuevo está en la atención. Principalmente, —y no solamente— en dos sentidos. Primero, la propiedad ha devenido un terreno mayor de creación de nueva riqueza y poder, manifestado en un flujo de comercio en los derechos de propiedad, en su totalidad y en partes, de las corporaciones y de los bienes raíces. La mayoría de lo que se dice sobre la importancia renovada de la propiedad aquí ha sido el crecimiento, particularmente aunque no exclusivamente en EE.UU., de los “hostiles intentos de toma de poder” (*takeover*, en el original), esto es, las disputas de la propiedad contra la administración ejecutiva en cargo. Segundo, los desarrollos tecnológicos y políticos han hecho de la privatización de los servicios públicos un asunto político de primera plana, y provocaron una ruptura de la tendencia histórica, de una anterior tendencia de largo plazo, a la socialización de la infraestructura económica (cf. Therborn 1989b).

Por otra parte, el trabajo que requiere una alta suma de educación formal, ciertamente, ha crecido en importancia. En Suecia, hacia 1960 había alrededor de 13.4 por ciento de la fuerza de trabajo empleada en ocupaciones técnicas, científicas, pedagógicas, culturales, médicas y sociales (títulos ocupacionales 0-2), excluidos los asistentes prácticos. En 1985 había *circa* 27.4 por ciento (cálculos a partir de SCB 1979:131 y ss., y 1989:35 y ss.). Otra manera de plantearlo es ésta. De acuerdo con el censo sueco de 1985, alrededor de un cuarto (24.5 por ciento) de la fuerza de trabajo dependía significativamente de la educación superior (más de doce años) para su empleo (como empleados de nivel medio y superior o como auto-empleados profesionales) (SCB 1989:31). Además, mirando desde otro ángulo podemos decir que un prospecto de carrera es inherente en por lo menos algo así como entre 20 y 25 por ciento de los trabajos en un país como Suecia. (Esta no es una estructura dada del mercado de trabajo, aunque, pero es hasta cierto punto susceptible de ser afectada por las demandas sindicales y el poder, y los sindicatos suecos, de cuello azul y blanco, están crecientemente comprometidos a abrir opciones de carrera para sus miembros). A mediados de los sesenta, Arthur Stinchcombe (1986:215) ubicaba “alrededor de un cuarto de la fuerza laboral civil en EE.UU.” en una situación de mercado de trabajo burocrático (y profesional). La idea, según la cual una sociedad de carrera profesional ha rebasado a la de clase (Perkin 1989), no suena muy convincente.

El argumento de que la ocupación de nuevo está superando a la clase, después de haber sido eclipsada por la clase en la era de la producción industrial en masa, y del sindicalismo industrial, no deja de ser plausible, pero no ha sido, hasta ahora, corroborado sin ambigüedad y

persuasivamente (cf. Hernes, de próxima aparición). De todos modos, hay una clara evidencia, que el sector servicios ofrece más oportunidades de auto-empleo y puestos de trabajo más pequeños que la manufactura. En relación con eso, está implicada la heterogeneidad social de los servicios inducidos.

T A B L A 4

Auto-empleo en la OCDE. Primera mitad de los 80.

	<i>Autoempleo de empleo no agrícola %</i>	<i>Parte de autoempleo no agrícola en servicios %</i>
Australia	12.4	71.2
Austria	7.2	69.7
Bélgica	12.3	78.6
Canadá	7.4	83.8
Dinamarca	8.4	70.2
Finlandia	6.9	74.5
Francia	9.1	71.6
Alemania	8.2	71.2
Grecia	27.3	64.9
Irlanda	11.4	69.8
Italia	20.6	69.5
Japón	13.0	64.2
Holanda	4.9	83.6
Nueva Zelanda	8.4	67.6
Noruega	6.3	66.5
Portugal	11.6	65.4
España	17.9	70.8
Suecia	4.6	70.8
Suiza	7.5	66.6
Turquía	20.8	71.3
GB	9.6	76.7
EE.UU.	7.6	79.1

Fuente: OCDE (1986:44, 49)

Aún entre los países más desarrollados hay diferencias significativas en la importancia del auto-empleo. Italia, Japón, Australia, y Bélgica constituyen un polo; Suecia y Holanda el otro. En todas partes, el auto-empleo no agrario es primariamente un fenómeno de servicios, pero esta tendencia es más pronunciada en Canadá, Holanda, EE.UU., Bélgica, y GB. Japón, junto con Austria, Alemania y Suiza, tiende más de una quinta parte del auto-empleo activo en la manufactura, mientras que GB tiene sólo 2.2 por ciento y EE.UU. 4.7 por ciento. Más de un quinto del autoempleo se localiza en la construcción en Australia, Nueva Zelanda, Noruega y Gran Bretaña.

El empleo de servicios tiende a ser más en pequeña escala, pero la importancia de los servicios, ya sean principalmente públicos o privados, está subrayada por las cifras de Suecia, que incluyen únicamente el sector público, y una cantidad extraordinariamente enorme en él.

Escasa atención se ha prestado en la literatura post-industrial a uno de los aspectos más llamativos del empleo post-industrial, esto es, su carácter en relación al género sexual.

T A B L A 5

Distribución del autoempleo por tamaño de empresa.
Porcentaje de empleo sectorial en los comienzos de los 80.

	1-19		500 +	
	<i>Servicios</i>	<i>Manufacturas</i>	<i>Servicios</i>	<i>Manufacturas</i>
Austria	35.9	17.4	31.3	38.2
Bélgica	33.8	12.1	24.2	41.3
Francia	30.9	8.7	29.1	49.4
Japón	40.4 (1)	27.8 (1)	26.2	33.3
Holanda	28.4	13.0	50.0 (2)	65.4 (2)
Suecia (3)	16.4	10.2	62.2	54.1
EE.UU.	33.2	4.9	30.3	71.0

Notas: (1) 1-29 empleados, (2) + 100 empleados, (3) incluye servicios públicos que están excluidos en los datos de otros países.

Fuente: OCDE (1985:65)

T A B L A 6

Empleo de servicio entre hombres y mujeres en 1985.
Porcentaje del empleo por género, y proporción del género
en el empleo del sector. Transporte y comunicación excluido.

	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Mujeres empleadas en servicio</i>
Canadá	50.1	79.5	53.9
EE.UU.	51.2	78.4	54.7
Japón	44.4	58.6	46.5
Australia	46.9	77.2	50.7
Bélgica	46.2	80.1	51.8
Finlandia	31.8	66.7	66.2
Francia (1)	42.9	74.0	56.3
Alemania	37.0	63.6	52.3
Grecia	34.3	43.5	40.2
Italia	43.5	62.5	41.8
Noruega	40.4	77.2	59.3
España	35.7	66.0	43.6
Suecia	40.1	78.7	63.5
Suiza (2)	45.3	73.4	48.7
Turquía (1, 3)	45.8	48.1	16.0
GB	45.4	78.2	55.6

Notas: (1) Trabajadores y empleados solamente, (2) incluye transporte y comunicación, (3) 1980.

Fuente: OCDE (1987b: tablas nacionales).

La economía post-industrial es ampliamente una economía de mujeres. La abrumadora mayoría de las mujeres económicamente activas, en la mayoría de los países desarrollados cuyos datos disponemos, están en el sector de servicios. En los modelos de empleo en servicios de Centro y Norte Europa y en Norte América, las mujeres dominan claramente. (Si el sector transporte pudiera haber sido separado, la pertenencia de Suiza a los modelos de empleo de Europa Central también habría sido visible.) Sólo en América del Norte, hay una mayoría de mujeres empleadas en los servicios. La persistencia de las diferencias na-

cionales, bajo nuevas formas, también forma parte del panorama actual. Las tres economías líderes, EE.UU., Japón y Alemania, exhiben cada una un modelo distinto del sector de los géneros (masculino/femenino). Las más amplias diferencias entre los modelos de empleo masculino y femenino, y la más fuerte dominación femenina del empleo en servicios, la encontramos en los países nórdicos. Particularmente en Suecia. Una igualdad socioeconómica relativamente mayor entre hombres y mujeres en estos países ha sido lograda, paradójicamente, a través de una mayor segregación ocupacional (y temporal, esto es, tiempo parcial) (ver además OCDE: 1988 cap. 5).

En conclusión, el mercado de trabajo post-industrial está trayendo las relaciones entre los géneros a la vanguardia, después de su largamente sumergida existencia en las relaciones familiares en la sociedad agraria y, la mayoría del tiempo en la industrial.

Las sociedades industriales siempre aparecen muy diferentes, a pesar de algunas teorías en sentido contrario, y las sociedades post-industriales tampoco están convergiendo. Hay al menos dos dimensiones del desarrollo post-industrial. Una es el índice de crecimiento del empleo en servicio por sobre los registrados en los pasados 25-30 años. La otra es si se trata primariamente de que han crecido los servicios públicos o los privados. Los datos no están disponibles para un panorama completo de la OCDE, pero las variables principales y algunos de sus indicadores están claros.

T A B L A 7

**Variantes de empleo post-industrial.
Patrones de crecimiento de servicio en las décadas de 1960-1980.**

<i>Sector de crecimiento</i>	<i>Índice de crecimiento</i>		
	<i>Bajo</i>	<i>Medio</i>	<i>Alto</i>
Privado	GB Francia		EE.UU. Japón
Mixto	Alemania Bélgica	Holanda Italia Noruega	
Público		Dinamarca Finlandia Suecia	

Fuente: OCDE (1984:42, 47; 1989: tablas nacionales); Elfring (1989:414).

Con algunas confusiones debatibles, parece haber tres registros mayores en el mercado de trabajo post-industrial. Uno es el camino de crecimiento privado de Norte América-Cuenca del Pacífico. Otro es el empleo privado estancado, característico de los países de la Comunidad Europea. Tercero, hay una ruta nórdica de crecimiento del sector público. En Dinamarca, Finlandia y Suecia los servicios públicos dieron la razón para el crecimiento del empleo de servicio 1970-1981. En la segunda mitad de los setenta, el empleo del sector privado incluso declinó en tamaño en Dinamarca y Finlandia (OCDE 1984:47). La historia social pasada y la actual opción política han colaborado en ahondar los diferentes

caminos. Las implicaciones sociales y políticas de los tres diferentes caminos mayores están fluctuando.

El crecimiento privado significa más competencia de mercado, lugares de trabajo más pequeños, más dependencia del empleado respecto del empleador, dificultades crecientes de organización del interés de los empleados. El crecimiento público significa menos competencia de mercado, pero más competencia sectorial con el sector privado, lugares de trabajo más amplios, mayor autonomía del empleado, organización más fácil del interés de los empleados, aunque no necesariamente organización del interés de clase. El crecimiento lento implica desempleo en masa, agudizadas divisiones interior-exterior, y debilitamiento de la posición sindical para negociar; el equilibrio de empleo privado y público tendrá efectos que combinan elementos de los otros dos caminos.

La distribución en un país, a través de los modelos de postindustrialismo, también es importante. Los dos modelos de mayor éxito, aquel de crecimiento privado y el de crecimiento público, ocupan un lugar que significa una continuación de las diferencias de la sociedad industrial transnacional. EE.UU. y Japón han estado menos caracterizados por la acción y la organización de clase industrial, y su vía al postindustrialismo es una de las menos conducentes a la amplia acción y organización colectiva, basada en razones económicas. En contraste, la senda de crecimiento público postindustrial que encontramos en los países nórdicos, la más modelada clasistamente de las sociedades industriales, es la senda al futuro más favorable para la continuación de las relaciones y políticas sociales clasistas.

En pocas palabras, el postindustrialismo no es un tipo de sociedad, sino una serie de tipos sociales. Las implicaciones sociopolíticas de la nueva serie de estructuras económicas son ambiguas, más bien que rectas. Por lo tanto, la cuestión del futuro de la clase tendrá que relacionar los cambios estructurales con el significado de la clase en los modelos del discurso y la organización.

Significado de clase... y su posible pérdida

Hablando analíticamente, clase, en el sentido post-Linneo, tiene tres significados principales. En primer lugar, es una forma de describir, ya sea la división del trabajo en una población o bien la distribución de algunos valores en ella, sean ellos valores positivos tales como las oportunidades de posesiones y vida, o negativas, tales como los riesgos. En segundo lugar, la clasificación de los individuos es usada para explicar diferentes probabilidades de acción individual, tales como acceder a educación superior, casarse con alguien que posee cierto prestigio social, o votar por un tipo particular de partido; y las probabilidades de los logros individuales, con respecto a las ventajas y riesgos no definicionales, por ejemplo, ingreso, vivienda, condiciones de trabajo, poder político y enfermedad o muerte prematura. En tercer lugar, clase es utilizada para explicar o predecir acciones colectivas para un número significativo (no necesariamente todos) de los miembros de una clase dada, sus casos, su conciencia racional, su forma, su fuerza, su dirección. La acción colectiva en este sentido incluye al mismo tiempo una red de acciones paralelas de casi cualquier variedad, y la instauración y mantenimiento de una organización.

Los tres significados operan bajo precondiciones diferentes, en diferentes tipos de discurso y, por lo tanto, son afectadas diferentemente por el cambio social actual.

Una descripción de una sociedad en términos de clase supone o afirma que un mapa de clase tiene sentido para un público determinado, y que es posible diferenciar condiciones sociales en términos de clase. Los mapas de clase de la división del trabajo, diseñados por una serie de cartógrafos de clase marxistas, en un cierto número de países en los setenta (*cf.* más adelante Therborn 1986) suponían que la clase concernía a la gente sobre la cual ellos escribían y hablaban. Su contribución fue presentar una pintura empírica del tamaño, la composición y, posiblemente, el desarrollo reciente en aquellos aspectos de las clases. La definición de las clases fue un objeto de controversia, —duramente— mas no así su significado. Este último fue afirmado sobre una suposición de acción colectiva de clase, si no presente entonces, en todo caso sí en el futuro. Un panorama de la distribución clasista de los niveles de vida y riesgos, requiere de una distribución desigual, y que, al menos algo de esta desigualdad, pueda ser dibujado a lo largo de líneas de clases definidas un tanto ampliamente. Esta es una condición muy débil, a causa de la lejanía de un carácter enteramente igualitario en todas las sociedades contemporáneas.

La sociedad de clases como un término descriptivo, depende, entonces, para su viabilidad de dos condiciones, o una suposición de una acción colectiva de clase, al menos potencial, o bien una norma de igualdad con la suposición de que la desigualdad de clase es de importancia primaria. Ninguna condición es muy dependiente de las condiciones sociales actuales, ni de los desarrollos de la sociedad descrita. Ellas dependen más bien de la esperanza y/o de indignación moral, respectivamente. Las descripciones de clase son marcos de identificación cultural, de identificación con ciertas normas y expectativas. La teoría sociológica general nos conduciría a contar con que las descripciones derivadas de las normas fueran más estables que aquellas dependientes de las expectativas.

La importancia de la clase en el sentido descriptivo supondríamos que variaría entre países y épocas, con las ilusiones de una política de la clase obrera (*cf.* más arriba el desarrollo histórico del concepto de clase) y con las normas de igualdad forjadas por la clase. La primera sería afectada por el advenimiento de la sociedad postindustrial, por la declinación relativa de la clase obrera industrial. Pero más directamente variaría con las coyunturas políticas, tales como la derrota de la política radical de clase en Europa occidental alrededor de 1980 y el desmoronamiento del socialismo este-europeo alrededor de 1990. La segunda descripción de clase no será probablemente muy influenciada por el postindustrialismo, en el mediano y corto plazo. Más bien podría esperarse que varíe entre las distintas naciones con la pasada y largamente operante fuerza de las normas de forjadas por la clase. Estas normas, a su vez, dependerán de la fuerza pasada del movimiento de la clase obrera y del populismo agrario.

Sobre esta base, las descripciones de la desigualdad de clase derivarían su frecuencia y significación discursiva no de la polarización clasista de desigualdad sino de la fuerza de las normas de igualdad formuladas por la clase. La Suecia contemporánea es un ejemplo. En términos de distribución del ingreso es el país occidental menos desi-

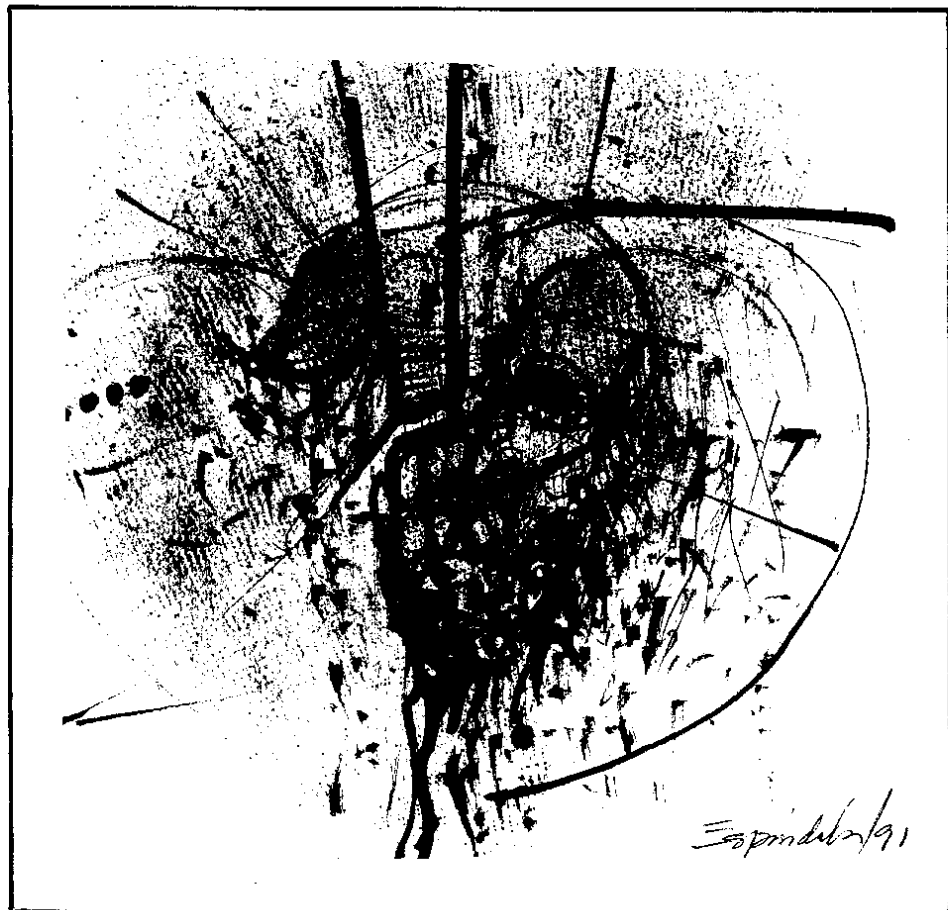
gual (O'Higgins *et al.* 1989; Uusitalo 1989:80). Por otro lado, también es sostenible que se trata de la sociedad occidental más concernida con la desigualdad de clase, ilustrado recientemente por una publicación sueca de estadísticas sobre "La sociedad de clases sueca" (Vogel 1987), por el gran interés de los medios masivos en la campaña electoral de 1988, cuestionando los efectos distributivos de una propuesta de reforma impositiva, y por una espectacular serie de artículos sobre la sociedad de clases sueca aparecidos en el periódico liberal de mayor circulación (*Expressen*) en enero de 1990.

En suma, las descripciones de clase, *de facto*, han sido, principalmente, o de expectativas o normativas. Como tales, han sido afectadas poco o sólo lentamente por los cambios de los objetos de descripción.

Las explicaciones de clase de la acción individual o de los logros individuales, por otro lado, dependen de su poder de explicación empírica, un poder siempre afectado por las tendencias sociales actuales, pero también por el desarrollo de los modelos explicativos y por las explicaciones rivales. Este segundo significado de clase puede ser encontrado casi exclusivamente en el discurso científico académico; a menudo es un discurso especializado y formalizado, aunque las conclusiones atañen a los asuntos públicos y a veces son comunicados al público. Los estudios de movilidad intergeneracional, comportamiento del voto, y, más recientemente, sobre determinación del ingreso, son ejemplos mayores de este vasto género. No hay posibilidad de repasar aquí esta abundante literatura. Pero conviene subrayar dos puntos.

El primero es que la mayor parte de las variaciones en las oportunidades de vida o la conducta humana en las sociedades desarrolladas, en la mayoría de los casos de explicación relativamente exitosa en alrededor de 80-90 por ciento, permanecen inexplicados por la clase (y por ocupación, educación, sexo, etnicidad, etcétera). Uno de los primeros en iluminar esta indeterminación fue, quizás, Christopher Jencks (1972). Para un resumen sucinto, ver más adelante Carlsson (1988: 62 y ss.). Votar es una de las conductas humanas más determinadas por la clase, y el voto de clase en Escandinavia y en Suecia en particular es más alto que en cualquier parte. No obstante, un modelo de cinco clases (trabajadores manuales, empleados de cuello blanco de nivel bajo y medio, gerentes de nivel bajo y medio, gerentes de nivel alto junto con profesionales, agricultores con pequeños empresarios) podría dar cuenta sólo de un tercio de la distribución en 1985 entre el bloque de los (tres partidos) burgueses y los (dos partidos) socialistas. (La medida es la lambda de Goodman y Kruskal, y los datos netos están tomados de Holmberg y Gilljam 1987:179.)

El segundo punto es que los modelos explicatorios crecientemente sofisticados, dan lugar a dudas, ya sea que el postindustrialismo implique una significativa declinación inmediata del poder explicativo que la clase al fin y al cabo tiene, o ya sea que está emergiendo una nueva estratificación postindustrial. Dos ejemplos con propósitos ilustrativos. Uno sobre clase y voto. Algunos análisis del voto clasista británico, que van más allá de la usual división entre trabajo manual y no manual en un modelo de cinco clases (derivado de John Goldthorpe, y no idéntico al que yo usé para Suecia), y observando la fuerza relativa de los partidos en las diferentes clases, han mostrado una "fluctuación tendencial" del voto de clase para el período de la postguerra, hasta las elecciones de 1983 incluidas, i.e., incluyendo las décadas de la dramática desin-



dustrialización (Heath *et. al.* 1985; Marshall *et. al.* 1988:cap. 9). El apoyo a los partidos sube y baja, pero es más estable la distribución relativa de la lealtad política entre las diferentes clases. Por supuesto, esto no significa que los cambios post-industriales en la estructura de clase no requerirá reconsideraciones sobre qué pueda ser una coalición de clase triunfante.

Otro ejemplo tiene que ver con la clase y el ingreso. Probablemente el análisis más comprensivo para ilustrar una distribución del ingreso en un país ha sido hecho por Hanny Uusitalo (1989) para Finlandia, sobre la base de los relevamientos nacionales de hogares, incluyendo tanto los hogares económicamente inactivos como los activos. En este contexto, el resultado más notable del penetrante análisis de Uusitalo, no es la mayor igualación, principalmente debida al Estado de bienestar, que él encontró entre 1966 y 1976 (y la relativa estabilidad entre 1976-1985), y en relación con eso el reducido poder explicativo de la clase en la distribución del ingreso, sino más bien lo siguiente. La reducción de la desigualdad interna de clase fue casi tan amplia como aquella experimentada entre las clases (93 por ciento de la primera para 1966-1981, medida por el coeficiente cuadrado de variación calculado por Uusitalo 1989:60). La importancia de la educación declinó más fuertemente que la de la clase (Uusitalo 1989:70). Una declinación del rol de la educación en la diferenciación de ingresos, en todos los niveles (i.e., no solamente el correspondiente a la educación superior) también ha sido registrado en Suecia entre 1968 y 1981, para la década de la postindustrialización, (Jonsson 1988).

Más adelante, un factor incrementó fuertemente su capacidad explicatoria, desde la superación de la clase en 1976. Nos referimos al tamaño y la composición del hogar, su número de miembros, de niños, de ancianos, y de los económicamente activos. Éste sostenía, éste es el punto, que fuera medido comparativamente "ingreso equivalente percibido", i.e., que el ingreso de los individuos fuera comparado tomando en cuenta el tamaño y la composición de su hogar, y si los hogares tenían un jefe de familia en edad productiva. Esto indica el crecimiento de otra base de diferenciación social, aparte de la estructura económica industrial-postindustrial, basada en el sexo, en la generación, en las relaciones de edad, y también una razón para dudar que el rol del conocimiento es la clave de las sociedades postindustriales. Por otra parte, clase y tipo de hogar dejó sin explicar 59 por ciento del ingreso individual percibido en 1971 y 62 por ciento en 1981.

Que la posición de clase afecta las oportunidades de vida, la conducta, y la ideología, está más allá de una duda razonable. Cómo y cuánto, en todo caso, todavía está lejos de ser aclarado. Pero darnos cuenta es una evidencia indicativa de que su poder explicativo en la no tan distante de nuestros días sociedad industrial era más bien modesto y que ambos por lo tanto y por otras razones la emergente sociedad postindustrial probablemente tendrá sólo efectos modestos sobre la capacidad de la clase para dar cuenta de la acción individual y los logros. A menos en el corto plazo, el destino de las explicaciones de clase individual, que siempre han sido una preocupación capital de los científicos, es probablemente a ser más dependiente de los desarrollos metodológicos intracientíficos y de la utilidad de los datos disponibles para el tratamiento técnicamente interesante, más que de los cambios actuales extra muros. En el ámbito del debate público hay, sin embargo, al menos una implicación importante del precedente. Los **estilos de vida** escogidos no pueden ser muy bien contrapuestos (en su valor explicativo) a la clase, y argüir que han superado a esta última. (Un buen resumen de la literatura del estilo de vida es Müller 1989.) Si la clase, en la mayoría de los casos conocidos, siempre ha dejado inexplicado un 80-90 por ciento de la variación de la conducta individual, los diferentes estilos de vida, no determinados por la posición de clase, siempre tienen que haber sido importantes rasgos de la conducta humana, aunque hubiera pocos sociólogos e investigadores de mercado que pensarán y escribieran sobre ellos.

El tercer sentido de clase, a saber, la clase como un elemento explicativo de la acción colectiva, fue, por supuesto, la perspectiva marxista. Aquí de nuevo la distinción entre el significado analítico y el (predominantemente) retórico uso de este significado no sólo es importante, sino más importante que en los otros dos casos. Mientras que la retórica central de la descripción de clase es denunciatoria, y la explicación de clase de la conducta individual está asépticamente formalizada, la retórica característica de la explicación clasista de la acción colectiva es exhortativa, llamando a los miembros de la clase a la acción. "¡Proletarios de todo el mundo, uníos!".

La retórica exhortativa ha jugado una parte constitutiva en la elaboración de la acción colectiva determinada por la clase. Primero en las apelaciones de los liberales británicos a comienzos del siglo XIX (interpelando a la clase media), más tarde en aquella de los socialistas interpelando a la clase trabajadora. Esto no significa que hubiera algo

tautológico o auto-satisfactorio en las teorías, aparentando explicar la acción colectiva por los intereses comunes de las redes interpersonales de la gente definida como miembros de la misma clase. Lo que la teoría decía para que la gente teniendo la misma posición de clase estaba probablemente, dados ciertos prerequisites de comunicación (la escasez nacional, que Marx distinguía entre los campesinos franceses), para actuar juntos en una dirección determinada. Pero este proceso de formación de clase, predicho por la teoría, tuvo lugar en parte a través de la retórica exhortativa de los intelectuales, organizadores y políticos profesionales. La lucha de clases fue también una batalla discursiva sobre las clases, su significado, su promesa, sus límites (Przeworski 1985:cap. 2). La relación intrínseca, tanto como la posible disyunción temporal entre acción colectiva de clase y la exhortación de clase, es crucial para entender el actual rol de la clase en este tercer sentido, y su futuro previsible. Dicho sumariamente, en otros tiempos la retórica de James Mill y Karl Marx precedió muy significativamente a la conciencia de clase y a la acción de clase, protagonizada por la clase media inglesa y la clase obrera internacional, respectivamente. Ahora, la mayoría de las exhortaciones de clase han desaparecido —en algunos casos no hace mucho tiempo, aunque menos de diez años atrás el “frente de clase” era el mayor eslogan de los socialistas franceses— pero la herencia organizacional del pasado determinando clasistamente la acción colectiva permanece, en el sistema político, en el mercado de trabajo. A pesar de los argumentos en contra, esto último ha sido muy poco afectado por la dramática des-industrialización.

El sistema de partidos de la segunda postguerra en los países de la OCDE exhibe, en general, una estabilidad básica en lo que hace al importante papel jugado por los partidos que surgieron de la organización colectiva de la clase trabajadora como clase, esto es, los partidos socialdemócrata y comunista; si bien una delgada curva ascendente es discernible entre 1960-1973 y una delgada curva descendente después. Más fuerte que cualquier tendencia general es un relevo geográfico de la gravedad europea, desde el norte al centro y sur de Europa (Armingeon 1989a). La organización sindical llegó a un punto culminante alrededor de 1980, salvo en EE.UU. y Japón (Therborn 1984). En los ochenta, su declinación era mayor que su crecimiento, con una tasa de sindicalización declinante en once de los diecisiete países de la OCDE, una creciente en cuatro y estable en dos (Armingeon 1989b).

Digno de destacar en este contexto es la reciente prueba acumulativa, de que la estructura económica y el cambio de la estructura económica, tal como la desindustrialización, tiene un impacto pequeño (en el corto y mediano plazo) sobre la organización sindical. En cambio, las instituciones políticas y del mercado de trabajo resaltan como determinantes mayores, de la variación entre secciones y entre naciones (Wallerstein 1989), de las variaciones transnacionales del cambio en los ochenta (Armingeon 1989b), y de la declinación de los sindicatos estadounidenses (Freeman 1988).

Habría que agregar, que de nuevo enfrentamos el Efecto Matthew postindustrial, según el cual las sociedades industriales fuertemente normadas por clases tienen tradiciones clasistas transmitidas en el postindustrialismo con menos dificultad que las poco estructuradas clasistamente.

La exhortación a la acción de clase colectiva ha declinado fuertemente desde la detención de la ofensiva del movimiento obrero de los setenta.

En vísperas de los noventa, el horizonte de las exhortaciones de clase se ha reducido de repente, con la impresión generalizada, después de los dramáticos cambios en Europa del Este, que no existe una alternativa viable para las actuales sociedades del capitalismo occidental desarrollado, o al menos no en el futuro previsible. En ambos casos, los momentos decisivos políticos —sobre terrenos económicos, seguramente— más que el derrumbe de estructuras económicas han sido cruciales. Por otra parte, las pautas clasistas de organización y acción colectivas no están desvaneciéndose, particularmente allí donde eran previamente muy importantes. Aunque están bajo presión.

¿Hay algún otro futuro concebible para la clase, como una base de acción colectiva que declina, lenta o rápidamente? No es fácil contestar “no”. Las organizaciones de clase perdurables están inclinadas, probablemente, a reproducir discursos de solidaridad de clase, como medios racionales de mantenerse a sí mismas, aun sin ninguna promesa o esperanza de “*les lendemains qui chantent*”, de un futuro radiante y diferente provocado por la solidaridad de clase. Probablemente, la atracción de este discurso defensivo se desgastará. Pero no es inconcebible que suceda que una nueva clase postindustrial convoque a la conciencia y a la acción. Nosotros ya conocemos, admitidamente algo ambiguo, la calificación de los intelectuales como la clase dominante del futuro (Gouldner 1979). Aunque nadie todavía (audiblemente) ha tocado el clarín, no es imposible pensar en una convocatoria de la clase asistencial, la clase que cuida a la gente (y, posiblemente, al medio ambiente de los humanos). Ninguna alternativa es muy prometedora, es verdad. La clase social, i.e., la posterior de Linneo, es en gran medida un concepto de la sociedad industrial y burguesa, un camino para reflexionar sobre las diferencias entre burguesía —aristocracia y burguesía industrial— clase obrera industrial. Las teorías de clase postindustrial han sido construidas típicamente hasta aquí en analogía con las clases industriales, más bien, digamos, desde una teoría general de la acción social y de la organización social. La descripción normativa de inaceptable desigualdad como “sociedad de clase” no está vinculada necesariamente a las exhortaciones para la acción colectiva de clase, a la lucha de clases. En la Suecia contemporánea, por ejemplo, lo anterior más bien parece interpelar a todos los ciudadanos de buena voluntad, solidaridad cívica y responsabilidad.

Una nota de conclusión

Clase es al mismo tiempo que un conjunto de discursos históricos particulares, un referente real del debate y la investigación. Ninguno de estos aspectos debería ser perdido de vista, y su inestable ligazón debería ser capturada en sus momentos de cambio. Clase emergió como una vía de pensar, de hablar y actuar como consecuencia de las revoluciones francesa e industrial.

Las organizaciones y la política de la clase obrera, que pronto devino la mayor portadora del concepto de clase, alcanzaron el cénit en Europa en la década de los setenta, una embestida que puede ser tomada como un flujo algo rezagado de la sociedad industrial. Una ruptura mayor en la historia económica de las sociedades avanzadas tuvo lugar alrededor de 1970, con el comienzo de la desindustrialización y el ascenso de las sociedades postindustriales. En el lento movimiento de la historia

socio-económica ésta fue una ruptura aguda, aunque oscurecida en su momento para la atención pública por la crisis coyuntural. El impacto político del giro de la historia social pareció total e inmediato para muchos, en vista de la derrota de las fuerzas del trabajo al final de los setenta.

El análisis anterior ha subrayado el cambio de época, mientras que al mismo tiempo demostraba sus complicadas implicaciones. Los nuevos tiempos que se avecinan implican que Europa del Este, como la parte más industrializada del mundo actual, está enfrentando otro cambio mayor, aparte del que se sigue de su nueva política, un proceso de masiva desindustrialización relativa. La perspectiva socio-filosófica convencional del postindustrialismo ha exagerado en exceso el papel del conocimiento, la educación, los intelectuales y los profesionales. Por otro lado, ha subestimado fuertemente la importancia del género sexual, la edad, las generaciones y el trabajo asistencial. Mucho menos que en las sociedades industriales es comprensible la emergencia de la división social del trabajo como una cuestión entre varones en edad productiva. Una tarea mayor del futuro será captar y tratar las tensiones entre, por un lado, la producción y conducción del conocimiento y la comunicación, y, por otro lado, el cuidado y servicio de la gente. La filosofía postindustrial tampoco ha percibido la renovada importancia de la propiedad y del mercado, y la problemática del capitalismo postindustrial.

Las economías postindustriales tienden a incrementar la heterogeneidad socioeconómica y por eso amenazan cualquier unidad social amplia, tal como aquella de las clases. De todos modos, las sociedades industriales siempre difieren entre sí en un número importante de características, y un examen más atento a las sociedades postindustriales emergentes muestra que esto mismo se puede sostener para ellas. En varias áreas de las comparaciones trasnacionales encontramos el *efecto Matthew* postindustrial. Países relativamente fragmentados como sociedades industriales tienden a engendrar un postindustrialismo más fragmentado, y países con cohesión de clase en su fase industrial tienden a obtener mejores condiciones postindustriales para el colectivismo de clase.

Pero, qué es y qué ocurrirá con la "clase", "la sociedad de clases", "el conflicto de clase"; deriva y depende no sólo de las pautas sociales de propiedad, producción, trabajo y distribución. La clase es una forma de pensar y hablar **sobre**, y de actuar **en** la sociedad. Retóricamente, la clase es utilizada en tres sentidos principales: como una descripción de la distribución de las posesiones, riesgos y perjuicios entre los individuos; como una explicación y predicción de las oportunidades de vida individuales y de las conductas individuales; como una explicación y predicción de la acción y organización colectivas. Cada una opera predominantemente en un contexto característico: la descripción, en las críticas y denuncias (o expectativas) sociales; las explicaciones individuales, en las formalizaciones científicas, y las explicaciones/predicciones colectivas primariamente en las exhortaciones para abolir las injusticias y/o para la autorrealización. Las dimensiones discursivas de la clase significan que las políticas e ideologías de clase tienen una autonomía considerable en relación a los cambios de la estructura de clases. Esta autonomía funciona en formas distintas, dependiendo de las normas de justicia distributiva, de la metodología científica, y la herencia organizacional así como las expectativas políticas, respectivamente.

Tanto la estructura como el (tipo característico de) discurso de las sociedades afectan las relaciones sociales. El funcionamiento de las so-

ciedades postindustriales dependerá al mismo tiempo de los cambios en la estructura socio-económica y de la herencia y cambios de las pautas dominantes en la organización de intereses y del discurso. Los dos interactúan, y en las transformaciones históricas actuales tienden o bien a reforzarse mutuamente o a debilitarse con respecto al futuro postindustrial de la clase. En Escandinavia, por ejemplo, la clase permanece, y es probable que permanezca en un futuro previsible como un rasgo mayor del discurso y la organización social. Ambas situaciones polares del presente y del futuro en las sociedades avanzadas, de todos modos, abrigará una combinación de la indeterminación individual a escala ampliada (con una determinación social por pautas) y cambios humano universales.

Bibliografía

- Armington, K. 1989a. Sozialdemokratie am Ende?, *Osterreichische Zeitschrift f. Politikwissenschaft*, no. 4.
- 1989b. Arbeitsbeziehungen und Gesellschaftsentwicklung in den achtziger Jahren. Ein Vergleich der OECD-Länder, *Politische Vierteljahresschrift*, 30:4.
- Bairoch, P. 1968. *The Working Population and its Structure*, Brussels, Ed. de l'Institut de sociologie.
- Bell, D. 1973. *The Coming of Post-Industrial Society*, New York, Basic Books.
- Briggs, A. 1963. The Language of 'Class' in Early Nineteenth Century England, in R.S. Neale (ed.), *History and Class*, Oxford, Blackwell.
- Carisson, G. 1988. *Mass Response and Individual Choice*, Stockholm, Almqvist & Wiksell.
- Ebbinghausen R., & Tiemann, F. (eds.) 1984. *Das Ende der Arbeiterbewegung in Deutschland?*, Opladen Westdeutscher Verlag.
- Elfring, T. 1988. Service Sector Employment in Advanced Economies, Aldershot, Gower.
1989. New Evidence on the Expansion of Service Employment in Advanced Economies, *Review of Income and Wealth*, 35:4.
- Freeman, R. 1988. Contraction and Expansion: The Divergence of Private Sector and Public Sector Unionism in the United States, *Journal of Economic Perspectives*, 2:2.
- Geijer, E.G. 1980. *Om v°a tids inre samhällsförh°anden*, Stockholm, Tiden.
- Gershuny, J. 1978. *After Industrial Society*, London, Macmillan.
- Gershuny, J., & Milles, I. 1983. *The New Service Economy*, London, Frances Pinter.
- Gouldner, A. 1979. *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*, New York, OUP.
- Heath, A. et. al. 1985. *How Britain Votes*, Oxford, Pergamon.
- Hernes, G. forthcoming. Karl Marx and the Dilemmas of Social Democracies, in Ph. Schmitter (ed.), *Experimenting with Scale*, Cambridge, CUP.
- Hobsbawm, E. 1981. The Forward March of Labour Halted?, in M. Jacques & F. Mulhern (eds.), *The Forward March of Labour Halted?*, London, Verso and Marxism Today.
- Holmberg, S., & Gilljam, M. 1987. *Väljare och val i Sverige*, Stockholm, Bonniers.
- Hunt, E.H. 1981. *British Labour History 1815-1914*, London, Weidenfeld & Nicolson.
- ILO 1988. *Yearbook of Labour Statistics*, Geneva, ILO.
- Jones, G. Stedman, 1983. *Languages of Class*, Cambridge, CUP.
- Jonsson, J. 1988. *Utbildning, reproduktion och social skikning*, Stockholm, Institute f. social forskning.
- Kocka, J. 1977. *Angestellte zwischen Faschismus und Demokratie*, Göttingen, Vandenhoeck & Reprecht.
1983. *Lohnarbeit und Klassenbildung*, Bonn, Dietz Nachf.
- 1988 (ed.) *Bürgertum im 19. Jahrhundert Bd 1*, Münchenm dtv.

- Korpi, W. 1983. *The Democratic Class Struggle*, London, Routledge.
- Luhmann, N. 1985. Zum Begriff der sozialen Klasse, in N. Luhmann (ed.), *Soziale Differenzierung*, Opladen, Westdeutscher Verlag.
- Marshall, G., et. al. 1988. *Social Class in Modern Britain*, London, Hutchinson.
- Müller, H.P. 1989. Lebensstile, *Kölner Zeitschrift f. Soziologie* 41:1.
- OECD 1984. *Employment Outlook*, Paris, OECD.
1985. *Employment Outlook*.
1986. *Employment Outlook*.
- 1987a. *Historical Statistics 1960-1985*, Paris, OECD.
- 1987b. *Labour Force Statistics 1960-1985*, Paris, OECD.
1988. *Employment Outlook*.
- 1989a. *Labour Force Statistics 1967-1987*.
- 1989b. *Economic Outlook no. 46*, Paris, OECD.
- O'Higgins, M. et. al. 1989. *Income Distribution and Redistribution, Review of Income and Wealth*, 36:2.
- Perkin, H. 1989. *The Rise of Professional Society*, London, Routledge.
- Piore, M., & Sabel, C. 1984. *The Second Industrial Divide*, New York, Basic Books.
- Przeworski, A., & Sprague, J. *Paper Stones: A History of Electoral Socialism*, Chicago, Chicago University Press.
- SCB 1979. *Arbetsmarknadsstatistisk Asbok 1978*, Stockholm, Statistics Sweden.
1988. *Statistisk Asbok 1988*, Stockholm, Statistics Sweden.
1989. *Folk-o-Bostadsräkningen 1985 del 7*, Stockholm, Statistics Sweden.
- Sewell, W. 1980. *Work and Revolution in France*, Cambridge, CI.
- Stinchcombe, A. 1986. *Stratification and Organization*, Cambridge, CUP.
- Therborn, G. 1981. *Klasstrukturen i Sverige 1930-1980*, Lund, Zenit.
- 1984a. The Prospects of Labour and the Transformation of Advanced Capitalism, *New Left Review* no. 145.
- 1984b. Britain Left Our, *New Socialist* no. 17.
1986. Class Analysis: History and Defence, in U Himmelstrand (ed.), *Sociology from crisis to science?*, London, Sage.
1987. Klassernas språk och klasskampens språk, in U. Bergryd (ed.), *Den sociologiska fantasin*, Stockholm, Rabén & Sjögren.
- 1989a. Nation och klass, tur och skicklighet Vägar till ständing (?) makt, in K. Misgeld et. al. (eds.), *Socialdemokratins samhälle*, Stockholm, Tiden.
- 1989b. States, Population, and Productivity: Towards A Political Theory of Welfare States, in P. Lassman (ed.), *Politics and Social Theory*, London, Routledge.
- Thompson, E. P. 1963. *The Making of the English Working Class*, Oxford, OUP.
- Touraine, A. 1971. *The Post-Industrial Society*, New York, Random House.
- Uusitalo, H. 1989. *Income Distribution in Finland*, Helsinki, Central Statistical Office.
- Vogel, J. 1987. *Det svenska klassamhället*, Stockholm, Statistics Sweden.
- Wallerstein, M. 1989. Union Organization in Advanced Industrial Democracies, *American Pol. Science Review*, 83:.
- Williams, M. (ed.) 1971. *Revolutions 1775-1830*, Harmondsworth, Penguin.
- Williamson, O. 1975. *Markets and hierarchies: Analysis and anti-trust implications*, New York, Free Press.
- World Bank, 1987. *World Development Report 1987*, Washington, World Bank.

